

esta ha sido la idolatría de todos los politeístas del mundo; todos han atribuido á sus dioses las perfecciones divinas; no tales como la revelacion nos las demuestra en el Criador, sino tales como la razon humana entonces las concebía; á saber: el conocimiento de lo que se hacia para agradarles ó ultrajarlos, la ciencia de lo venidero, el poder absoluto de hacer el bien ó el mal á las naciones y á los individuos, agitar los cuerpos y las almas, inspirar pasiones á los hombres, prodigios superiores á las fuerzas humanas, disponer de los bienes ó de los males de la naturaleza.

Nunca se probará que los *paganos* hayan tenido la noción de algun ser superior en perfecciones á los dioses que adoraban, ni de un culto mas perfecto que el que ellos le daban. Estos dioses, segun la creencia de los *paganos*, eran pues otros tantos seres supremos, puesto que no conocian ninguno que fuese superior á ellos; el culto que se les daba era la adoracion suprema, porque no se imaginaba ningun modo mas enérgico de atestiguarles el respeto, la confianza y la sumision. Mas sus razones tenia Beausobre para atribuir á los *paganos* la idea de un Ser supremo, tal como la revelacion nos lo ha hecho conocer; veremos despues el uso que ha querido hacer de esto.

§ V. ¿Eran injustas ó demasiado severas las leyes que habia dado Moisés contra la idolatría? Este legislador dijo á los judíos: « Si vuestro hermano, vuestro hijo ó vuestra hija, vuestro esposo ó vuestro amigo, os dice en secreto, vamos á adorar los dioses extranjerros, no le escuchéis, no tengais lástima de él, no le ocultéis; le dareis la muerte, arrojaréis contra él la primera piedra, y el pueblo lo apedreará..... Si sabéis que en una de vuestras ciudades se dice que algunos hombres perversos han seducido á sus conciudadanos y les han dicho, vamos á servir á los dioses extranjeros, os informaréis exactamente del hecho, y si es cierto, destruiréis esta ciudad á sangre y fuego, y hareis de ella un monton de ruinas. » *Deut.*, XIII, 6 y sig.

Hé aqui, dicen los incrédulos, dos leyes abominables. A un fanático le es fácil persuadirse que su mujer ó sus hijos quieren hacerle apostatar, y si con este pretexto los mata, se creará un santo. Por otro lado, es el colmo de la barbarie el destruir una ciudad entera, porque algunos ciudadanos han abrazado un culto diferente del culto público.

Esta es una explicacion falsa y falsas sus consecuencias. No es cierto que la primera

de estas leyes autoriza á un particular á matar él mismo á su mujer ó á su hijo sin forma de proceso. Le está mandado el no ocultar su crimen, el denunciarlo á la asamblea del pueblo; puesto que el pueblo debía apedrear al culpable, al pueblo tocaba juzgarle y condenarle; hasta despues de su condenacion no debía el denunciador arrojar contra él la primera piedra. Así el pretendido juicio de celo, por el que se supone que todo israelita tenia el derecho de matar sin forma de proceso á cualquiera que idolatrara ó quisiese inducir á los demás á la idolatría, es una vision de los rabinos adoptada sin exámen por algunos críticos imprudentes. Véase la *Biblia de Chais* sobre este lugar.

En la segunda ley no se trata solamente de algunos ciudadanos que han practicado la idolatría, sino de hombres perversos que han arrastrado á ella á todos los habitantes de una ciudad, que han seducido á sus conciudadanos. Supone la ley que todos han tenido parte en el crimen, al menos con su silencio ó tolerancia; por consiguiente que no han ejecutado la ley anterior, que manda dar muerte á todo ciudadano que hablase de adorar á los dioses extranjeros.

Si á primera vista parece excesivo este rigor, debemos acordarnos que, en la república judía, la idolatría era, no solo un crimen de religion, sino un delito de estado. Dios habia unido la conservacion y prosperidad de esta nacion al culto de él solo; siempre que se separó de él, fué rigorosamente castigada. Cualquiera que llevaba á sus conciudadanos á la idolatría, era tan culpable como si hubiese traído la peste; segun la maxima *salus populi suprema lex esto*, debía ser exterminado. Aun en el dia entre las naciones mas civilizadas, es privilegiado todo lo que se llama crimen de estado; para castigarlo, no se observan todas las formalidades ni todas las precauciones que se acostumbran á guardar para los casos ordinarios; se supone que el interes del estado, *salus populi*, debe prevalecer á cualquiera otro interes.

Despues del establecimiento del cristianismo todo acto de idolatría de parte de un cristiano, toda práctica que tenia una relacion directa ó indirecta con el *paganismo*, fué considerada como una señal de apostasia y castigada como tal por las leyes eclesiásticas. V. LAPSOS.

§ VI. ¿Hay PP. de la Iglesia que hayan justificado ó condenado excesivamente la idolatría? Los protestantes que se han hecho célebres por sus calumnias contra los PP. de la Iglesia, acusan á san Clemente de Alejandría y á S. Justino de haber justificado im-

prudentemente el culto de los *paganos*. Barbeyrac, *Tratado de la moral de los PP.* c. 5, § 39; Beausobre, *Rem. sobre las Act. de los Apóstoles*, xvii, 23 y 30. Jurieu ha hecho el mismo cargo á Origenes, á Tertuliano y á S. Agustin, *Hist. crit. de los dogmas y de las prácticas de la Iglesia*, 4ª parte, p. 711. Hé aqui el pasaje de S. Clemente de que abusan: « Aunque Dios conoció por su presciencia que los gentiles no creerian, sin embargo, á fin de que pudiesen adquirir la perfeccion que les convenia, les dió la filosofia aun antes que la fe; les dió tambien el sol y la luna para hacerlos religiosos. Dios hizo los astros para los gentiles, dice la ley, por temor de que si fuesen enteramente ateos, no se perudiesen sin recurso. Mas no habiendo atendido tampoco á este precepto, se han esforzado en adorar imágenes labradas, de modo que á no ser que se arrepientan, se condenan, unos, porque pudiendo creer en Dios no han querido, otros, porque, aunque lo quisiesen, no han hecho todos sus esfuerzos para ser fieles. Mucho mas, aquellos que no se han elevado del culto de los astros al del Criador, serán tambien condenados; porque este era un camino que Dios habia abierto á los gentiles, para que, por el culto de los astros, se elevasen á Dios. En cuanto á aquellos que no quisieron dirigirse á los astros, que se les habian dado, sino que se han abatido hasta las piedras y los leños, son, dice la Escritura, reputados como polvo de la tierra. » *Strom.*, l. 6, c. 14, p. 795.

Todo lo que resulta de este pasaje, es que, segun la opinion de Clemente, Dios queria valerse de la ceguedad de los *paganos* que adoraban el sol y la luna para elevarlos al conocimiento del Criador; pero en la *Exhort. á los gentiles*, p. 22, este Padre acrimina á los *paganos* por haber erigido á los astros en divinidades. En el fondo, su pensamiento viene á ser el del sabio, que, para excusar en algun modo á los adoradores de los astros, dice: « Son los menos culpables; se extravian quizás buscando á Dios y deseando encontrarle; lo buscan en sus obras, cuya perfeccion admiran; sin embargo no son perfectos. » *Sap.*, XIII, 6.

Para desfigurar el sentido de Clemente, en vez de estas palabras para hacerlos religiosos, Barbeyrac traduce para darles (á los astros) un culto religioso. En lugar de decir si fuesen enteramente ateos, pone si estuviesen enteramente sin divinidades, para dar á entender que Dios habia dado á los *paganos* los astros por divinidades. El precepto de que habla Clemente era el de ser religioso; Bar-

beyrac pretende que era el precepto de adorar el sol y la luna; despues de estas palabras *los que se les habian dado*, añade de su cosecha para adorarlos. Así supone que este Padre ha condenado á los gentiles por haber hecho una cosa que Dios queria que hiciesen, es decir, por haber adorado á los astros. Con este método se puede hacer decir á los PP. todo lo que se quiera; ¿mas es esta una prueba de buena fe para los que se valen de ella?

No es mas justo el cargo que este crítico hace á S. Justino. Este Padre, *Dial. cum Tryph.*, n. 55, hace decir al judío Trifon, que, segun la Escritura, *Deut.*, iv, 19, Dios ha dado á los gentiles el sol y la luna para adorarlos como dioses; porque san Justino no refuta expresamente esta falsa interpretacion de la Escritura, concluye Barbeyrac que la adopta este santo doctor, lo que no es así, porque, en sus dos apologías hablando á los *paganos*, reprueba terminantemente su culto como un absurdo y una profanacion. A la verdad, en este mismo diálogo, n. 121, dice que Dios habia dado desde el principio el sol para adarlo, como está escrito; mas entiende para adorar á Dios y no al sol, puesto que no está escrito en ninguna parte que se adore á este astro; que al contrario esto está prohibido, *Deut.*, iv, 19; en vez de que está escrito, *Ps.* 18, v. 6, que Dios ha establecido su morada en el sol; está pues permitido el adarlo. Origenes, *in Joan.*, t. 2, n. 3. Tertuliano y S. Agustin han pensado y hablado lo mismo.

Beausobre, en el lugar citado, ha llevado la temeridad mucho mas alla; dice « que los antiguos cristianos confesaron que los griegos servian al mismo Dios que los judíos y cristianos, á saber, al Dios Supremo, al Criador del mundo. » Estos antiguos cristianos se reducen, sin embargo, á Clemente de Alejandría, *Strom.*, l. 6, c. 5, p. 759 y sig.; y no establece su opinion mas que en dos obras apócrifas, la predicacion de S. Pedro, y un escrito desconocido de S. Pablo. Aun no dice expresamente lo que Beausobre le atribuye; dice que el solo y único Dios ha sido conocido de los griegos, mas de un modo pagano; que por la filosofia el Dios todo poderoso ha sido glorificado por los griegos. En efecto, es incontestable que Platon, en lo que ha dicho de la formacion del mundo por un Dios Supremo, ha testificado conocerle, mas de un modo pagano, sin tener de él una verdadera idea; que le ha glorificado en algun modo, pero sin adarlo ni servirle por esto. Este es el cargo que hace S. Pablo á los filósofos en general, *Rom.*, i, 21, dicien-

do que conocieron á Dios, mas que no le glorificaron como tal, ni le dieron gracias.

Sin embargo, ha querido Beausobre hacer responsable á S. Pablo de la opinion de Clemente de Alejandria. « El Apóstol, dice, por estas palabras de las *Actas*, xvii, 30, *despreciando Dios aquellos tiempos de ignorancia*, etc., puede bien haber querido decir, Dios ha excusado los cultos que los gentiles dieron á los idolos durante el tiempo de su ignorancia; que, no habiéndoles dado ninguna ley, quiso perdonarlos. » Es evidente que no es este el sentido de S. Pablo, puesto que añade que Dios manda á todos hacer penitencia, porque los juzgará á todos con justicia, y esto no convenia con la rigorosa condenacion que este Apóstol ha hecho del culto de los *paganos*, *Rom.*, i, 21; *Efes.*, ii, 12, etc.

Segun Barbeyrac, Tertuliano ha caido en el exceso opuesto; condena como prácticas idólatras acciones indiferentes é inocentes en si mismas, como hacer centinela á la puertá de un templo, dar el nombre de Dios á Esculapio ó á cualquiera otro, encender hachas los dias de regocijo público, coronarse de flores, etc. *Tratado de la moral de los PP.*, c. 6, § 10 y siguientes.

Mas si los mismos *paganos* tienen todas estas prácticas como una profesion de *paganismo*, y si los fieles las consideraban como una señal de apostasia, ¿podia permitirselas un fiel sin escándalo? S. Pablo dice: « Si lo que como, escandalizase á mi hermano, no comeré carne en mi vida. » *I Cor.*, viii, 13. Los apóstoles prohibieron á los primeros fieles el comer sangre y carnes sofocadas, *Act.*, xv, 29; sin embargo, esta era una cosa inocente en si misma. Es de presumir que Tertuliano sabia mejor que nosotros lo que en su tiempo podia ser motivo de escándalo. En el dia sostienen los protestantes que el uso de las imágenes es malo en si mismo, puesto que se abstuvieron de él en los primeros siglos de la Iglesia; mas si solo se abstuvieron por motivo de las circunstancias, como de otras cosas de que acabamos de hablar, no se deduce que este uso sea malo en si mismo.

§ VII. ¿Como han justificado su religion los escritores del *paganismo*? Menos mal que los incrédulos de ahora. No hablan ni del Dios supremo, ni del culto relativo; representan la idolatría tal como era. La apología mas completa que se ha hecho de ella se halla en Minucio Félix, n. 5 y siguientes. Celso y Juliano no han sabido defender su causa de un modo tan seductor; Cecilio, que toma su defensa, empieza por combatir el cristianismo.

Nosotros, dice, capaces de conocer lo que es superior ni lo que es inferior á nosotros; es una temeridad intentarlo, seria suficiente si pudiésemos conocernos á nosotros mismos. Que el mundo se haya formado al acaso ó por una necesidad absoluta, ¿qué necesidad hay de un Dios? ¿qué relacion puede tener esto con la religion? Todas las cosas nacen y se destruyen por la reunion y separacion de los elementos: la naturaleza sigue su marcha eterna sin que un Dios se mezcle en ella; los bienes y los males vienen al acaso sobre los buenos ó los malos; los hombres religiosos son muchas veces mas maltratados por la fortuna que los impíos; si el mundo estuviese gobernado por una sabia providencia, irian las cosas de muy diverso modo.

Puesto que no hay mas duda é incertidumbre sobre este punto, ¿qué mejor que atenernos á lo que han establecido nuestros antepasados, conservar la religion tal como nos la han transmitido, adorar á los dioses que nos han hecho conocer, y que desde el nacimiento del mundo sin duda han instruido y gobernado á los hombres? N. 6. Así cada nacion tiene sus dioses particulares; adoptándolos todos los romanos, y uniendo la religion al valor militar, llegaron á ser dueños del mundo; han sido protegidos sensiblemente por todos aquellos dioses á quienes habian levantado altares. N. 7. Roma está llena de monumentos de los milagrosos favores que ha recibido del Cielo en recompensa de su piedad. Nunca ha invocado en vano á los dioses en una calamidad, y mas de una vez ha sido socorrida por inspiraciones y revelaciones sobrenaturales.

N. 8. A pesar de la oscuridad esparcida sobre el origen de las cosas y sobre la naturaleza de los dioses, la opinion que han tenido de ello las diferentes naciones es sin embargo constante y la misma por todas partes. Es, pues, una temeridad y una impiedad el querer destruir una religion tan antigua, tan útil, tan augusta; algunos ateos célebres lo habian intentado, han sufrido el castigo de su delito, y es execrable su memoria. ¿Sufriremos que una caterva de hombres viles é ignorantes declamen contra los dioses, formen en las tinieblas una faccion impia, se obliguen unos á otros, no por juramentos sagrados, sino por crímenes, y conjuren destruir la religion de nuestros padres? Para ocultar sus crímenes, estos desgraciados no se reunen mas que de noche, no hablan mas que en secreto, ni se dirigen mas que á las mujeres y á los imbéciles, huyen de nuestros templos, desprecian nuestros dioses, ridicu-

lizan nuestras ceremonias, miran con desden á nuestros sacerdotes, prefieren su desnudez y su miseria á los honores, á las cargas y á las funciones civiles, desprecian los tormentos presentes por un vano terror de los suplicios futuros, sufren en la tierra la muerte por temor de morir en otra vida, y se consuelan de todos los males con frívolas esperanzas.

N. 9. Despues de haber detallado los crímenes horribles de que se acusaba á los cristianos, les echan en cara el adorar á un hombre castigado con el último suplicio, y el honrar la cruz, dice, digno objeto de culto para gentes que la han merecido. Es necesario que su religion sea muy vergonzosa ó criminal, puesto que la ocultan. ¿Por qué no tienen templos, ni altares, ni simulacros; por qué no se reúnen ni hablan mas que en la oscuridad, sino porque su culto es digno ó de desprecio ó de castigo? ¿Quién puede ser ese Dios aislado, misterioso, abandonado, que honran, que no es conocido de ninguna nacion libre, aun de los supersticiosos romanos? Los judíos, nacion vil y despreciable, tampoco tienen mas que un solo Dios, mas le honran públicamente con templos, altares, sacrificios y ceremonias; y está bastante probada la debilidad de este Dios por la esclavitud á que lo han reducido los romanos con toda su nacion.

N. 10. ¿Y qué absurdos no han forjado los cristianos sobre la Divinidad? Pretenden que su Dios curioso, inquieto, celoso, imprudente, se halla en todas partes, todo lo sabe, todo lo ve, aun los mas secretos pensamientos de los hombres, en todo se mezcla, aun en sus crímenes; como si su intencion pudiese bastar para el gobierno general del mundo y para los cuidados minuciosos de cada individuo.

N. 11. Llevan su frenesí hasta amenazar el universo entero con un incendio general, como si pudiese cambiarse el órden eterno y divino de la naturaleza, y lisonjearse de sobrevivir ellos mismos á esta ruina universal, resucitando despues de su muerte. Hablan de esto con tanta seguridad como si estuviese ya hecho; preocupados con esta ilusion, se prometen una vida eternamente feliz, y amenazan á los demás con un suplicio eterno.

Que son injustos, ya lo he manifestado, pero aun cuando fuesen justos seria igual, puesto que, segun su opinion, todo viene de una especie de fatalidad. Si otros lo atribuyen todo á Dios; hacen de él un Señor injusto que quiere, no adoradores por su propia eleccion, sino elegidos. Yo pregunto, continúa

Cecilio, si los pretendidos resucitados estarán sin cuerpo; mas sin cuerpo no hay alma, inteligencia, ni vida; ¿se hallarán con su propio cuerpo reducido á polvo hace muchos siglos? Si tienen otro cuerpo, ya no serán los mismos hombres, sino nuevos individuos. Al menos seria bueno que alguno hubiese vuelto del otro mundo para convencernos por experiencia; mas habeis copiado torpemente las fábulas de los poetas, para ponerlas bajo la proteccion de vuestro Dios.

N. 12. Juzgais mejor de vuestra suerte futura por vuestra condicion presente. La mayor parte estais pobres, desnudos, despreciados, abandonados; vuestro Dios lo tolera; sois perseguidos, condenados, entregados al suplicio, colgados en las cruces que adorais; ¿qué, ese Dios que debe resucitaros, no puede conservaros la vida? Sin él reinan los romanos, triunfan, dominan al universo y á vosotros, mientras que vosotros renunciáis á las comodidades de la vida, á los placeres aun permitidos. Objetos de lástima á los ojos de los dioses y de los hombres, reconocido vuestro error; no resucitaréis mejor que lo que vivis ahora; si os queda algo de buen sentido, dejad de razonar sobre el cielo y sobre el destino del mundo; mirad solamente á vuestros piés, esto basta para ignorantes como vosotros.

N. 13. Si, no obstante, teneis el furor de filosofar, imitad á Sócrates; cuando se le preguntaba sobre las cosas del cielo, decia: *Lo que es superior á nosotros, no nos pertenece*. La secta de los académicos se conservaba en una duda modesta sobre todas las cuestiones; Simonides no se atrevió nunca á responder cuando se le preguntó lo que pensaba de los dioses. Debemos, pues, dejar las cosas dudosas tales como están, no tomar ningun partido, por temor de caer en la supersticion ó destruir toda religion.

Por este simple extracto, que es muy inferior al original, puede verse si al nacimiento del cristianismo estaba absolutamente desacreditada la religion pagana, que se estaba disgustado de ella, que nada era mas fácil que destruirla, como la mayor parte de los incrédulos han osado sostener.

Octavio, para refutar esta apología, hace presente á su adversario, n. 16, que la ignorancia y la pobreza de los cristianos no son de la cuestion, puesto que se trata únicamente de saber si está la verdad de su parte; algunos filósofos se han hallado en el mismo caso antes de formarse una reputacion. Los ricos, ocupados de su fortuna, no piensan nada en las cosas del cielo; muchas veces Dios les ha

dado menos talento que á los pobres. Cuando los ignorantes exponen la verdad sin el peso de la elocuencia, si triunfa, es únicamente por su propia fuerza.

N. 17. Convengo en que nos limitemos á investigar lo que es el hombre, de dónde procede y para que existe; ¿podemos conocerlo sin saber de dónde proviene el universo, por qué y cómo ha sido formado? Puesto que el hombre muy diferente de los animales dirige su cabeza hácia el cielo, mientras que la suya está encorvada hácia la tierra, es necesario estar privado de razon, de sentido comun y de ojos, para buscar en el polvo del globo el principio de la razon, del pensamiento, de la palabra, por las que conocemos, apreciamos é imitamos la Divinidad. Hé aqui lo que hacen los que pretenden que el mundo se ha hecho por el concurso fortuito de los átomos.

Aqui traza nuestro autor en compendio el cuadro de la naturaleza, hace observar el orden y la belleza del universo, la relacion de todas sus partes, la regularidad de sus movimientos, despues la admirable estructura del cuerpo humano. En todas partes demuestra, n. 18, los cuidados de una Providencia atenta y bienhechora. Una vez demostrada esta verdad, ya no se disputa mas que para saber si el mundo está gobernado por un solo Dios ó por muchos. Un grande imperio no puede tener mas que un solo Señor; la misma Roma no pudo soportar dos. ¿Admitiremos en el cielo una division que lo destruye todo en la tierra? Dios, Padre de todas las cosas, no tiene ni principio ni fin; es su patrimonio la eternidad, ha dado el ser á todo lo que existe, es ptes único. Antes que fuese el mundo, él era su mundo para sí mismo. Invisible, inaccesible á nuestros sentidos, inmenso, infinito, él solo se conoce como es; nuestro entendimiento demasiado limitado no puede tener una idea digna de él, ningun nombre puede expresar su esencia. El mismo pueblo, elevando las manos al cielo, testifica por sus exclamaciones la unidad de Dios.

N. 19. Los poetas y los filósofos lo han reconocido con frecuencia; Octavio cita sus palabras: todos, bajo el nombre de *Dios*, han comprendido el entendimiento, la razon, la inteligencia que gobierna el mundo; su lenguaje es el mismo que el del cristianismo.

N. 20. Puesto que una sola voluntad, una sola providencia rige el universo, no debemos dar ninguna fe á las fábulas por las que nuestros débiles antepasados se han dejado engañar; ¿deberemos creer todo lo que ellos han creído, la quimera, los centauros, las

metamorfosis, etc.? Octavio demuestra lo absurdo, lo indecente é impio de las fábulas del *paganismo*, el modo como se introdujo la idolatría por el culto de los muertos; refiere el dictámen de los autores que han sostenido que los dioses de los *paganos* eran originariamente hombres. Manifiesta el exceso y el ridiculo de la supersticion de los romanos que sostuvieron todos los sueños de los griegos y de los egipcios, la puerilidad de sus ceremonias, las locuras y crímenes con que estaba manchado su culto.

N. 25. Cuando dicen, continúa Octavio, que esta supersticion ha sido la fuente de la prosperidad de los romanos, se olvidan de que su república se fundó por crímenes, su dominacion se extendió con perfidias y rapiñas, su imperio se enriqueció con los despojos de los dioses, de los templos y de los sacerdotes de las demás naciones. Cada uno de sus triunfos era una impiedad; ostentaban las imágenes de los dioses vencidos; han sido pues, no religiosos, sino impunemente sacrilegos; no adoraron á los dioses extranjeros sino despues de haberlos insultado. Aquellos dioses, demasiado débiles para proteger sus primeros adoradores, ¿no llegaron á ser poderosos y bienhechores sino en Roma?

¿Sin duda que es religion bien digna de respeto, la que empezó por honrar á la diosa de las cloacas, por levantar templos al miedo, á la palidez, á la fiebre, y por divinizar á las prostitutas! ¿Son estos dioses tutelares los que vencieron al Marte de los tracios, al Júpiter de los cretenses, á la Juno de Argos ó de Sámos, á la Diana táurica y á los monstruos de los egipcios? ¿No es en sus mismos templos y aun por sus sacerdotes por los que se preparan y cometen los mayores crímenes, la impudicia, la prostitucion, el adulterio? Antes que á los romanos se vieron á los asirios, medas, persas, griegos, egipcios, hacer conquistas sin tener por cólegas á pontífices, augures, vestales y aves sagradas, cuyo apetito debía decidir de la suerte de la república.

N. 26. Vengamos á estos auspicios, á estos presagios tan respetados en Roma, cuya observacion ha sido tan saludable, y tan fatal su desprecio. Sin duda Claudio, Flaminio y Junio perdieron su ejército, porque no habian cuidado que las aves sagradas se explayasen al sol; mas Régulo habia consultado á los augures, y fué cogido; Mancino habia observado el ceremonial, y fué puesto bajo el yugo; las aves habian comido en favor de Paulo, y fué derrotado en Cannas con todas

las fuerzas de Roma. Los auspicios y los augures habian prohibido al César conducir su flota al Africa antes del invierno; no hizo ningun caso, y su navegacion y expedicion fueron de las mas felices. Sabemos el caso que hacia Demóstenes de los oráculos de la Pythia, etc.

N. 27. Vuestros dioses son demonios; asi lo han pensado los magos, los filósofos y el mismo Platon. Son falsos sus oráculos, emponzoñados sus dones, y mortíferos sus auxilios; hacen mal aparentando hacer bien. Les hacemos confesar lo que son, cuando por exorcismos y oraciones los arrojamos de los cuerpos de que se han apoderado. Abjurados en el nombre del único Dios verdadero, se estremecen, y se ven obligados á dejar el puesto.

N. 28. Conoced la injusticia de vuestras prevenciones contra nosotros, por el arrepentimiento en que estamos de haber obrado y pensado otras veces como vosotros. Se nos habia persuadido que los cristianos adoraban monstruos ú objetos obscenos, que en sus reuniones degollaban un niño, lo comian, y cometian impudicias horribles; no reflexionábamos que estas calumnias no han sido nunca probadas, que ningun cristiano las ha confesado jamás en medio de los tormentos, aunque seguro de alcanzar su perdon con esta declaracion. Atormentábamos como vosotros á los que eran acusados, no para hacerles confesar sus delitos, sino para que renegasen su religion. Si la violencia de los tormentos hacia sucumbir á alguno, desde aquel momento tomábamos su defensa, como si la apostasia hubiese expiado todos sus crímenes.

Esto haceis vosotros todavía. Si obraseis por la razon y no por lo sugestion de un mal espíritu, no pondrais en el tormento á los cristianos para hacerles abjurar su religion, sino para comprobarles las acciones infames y crueles que les echais en cara.

N. 29. No somos nosotros los que cometemos estas abominaciones; sois vosotros mismos; las teneis consagradas con vuestras fábulas, en vuestras ceremonias y vuestras costumbres. Octavio lo prueba detenidamente.

N. 32. Creeis, continúa, que es con el objeto de ocultar nuestro culto por lo que no tenemos templos, altares, ni simulacros; sino que la mas bella imagen de Dios es el hombre, su templo es el mundo entero, su santuario es un alma inocente. La mejor victima es un corazon puro; la oracion mas

agradable á Dios es una obra de justicia ó de caridad. Hé aqui nuestras ceremonias. Entre nosotros, el hombre mas justo es el mas religioso. Dios, aunque invisible, nos está presente por sus obras, por su providencia y por sus beneficios. Pensais que no lo puede ver todo y saberlo todo; este es un error. Presente en todas partes, criador y conservador de todo, ¿cómo puede ignorar alguna cosa? Lo ha criado todo por una palabra, y lo gobierna todo con un solo acto de su voluntad.

N. 33. Decis que los judíos no han ganado nada con adorarle, os engañais tambien; leed sus libros, los de Flavio Josefo ó de Antonio Juliano, vereis que los judíos han sido favorecidos de Dios y colmados de sus beneficios, mientras han sido fieles á su ley. No han sido hechos cautivos con su Dios, como lo aventurais por una blasfemia; al contrario, su Dios es el que os los ha entregado, porque le eran rebeldes.

N. 34. Dudar de la ruina y del futuro incendio del mundo, es una preocupacion popular; todos los sabios convienen en que todo lo que ha empezado debe acabar; este es el parecer de los estóicos, de los epicúreos y de Platon. Pitágoras creyó en una especie de resurreccion. Los filósofos piensan como nosotros, mas no es á su palabra á la que damos fe. Solo el buen sentido nos hace comprender que Dios, que todo lo ha hecho, puede destruirlo; que puesto que ha formado el hombre, puede con mucha mas razon darle una nueva forma. Nada perece enteramente; todo se renueva en la naturaleza.

N. 35. Tampoco somos los únicos que creemos en los infiernos y en un fuego vengador que castiga á los malos; vuestros poetas han trazado muchas veces el cuadro. ¿Quién no conoce la justicia y la necesidad de las penas y recompensas de la otra vida? Octavio prueba esta justicia por la comparacion de las costumbres de los *paganos* con las de los cristianos.

N. 36. Que nadie, dice, se tranquilice poniendo sus crímenes bajo la proteccion del destino, la fortuna no puede destruir la libertad del hombre; es juzgado, no por su suerte, sino por sus acciones; no hay mas destino que el que Dios ha hecho, y como todo lo prevé, lo arregla segun los méritos de cada uno. Lejos de avergonzarnos de nuestra pobreza, nos gloriamos de ella; nuestras verdaderas riquezas son nuestras virtudes. Dios sabe proveer á la necesidad de todas sus criaturas, y recompensa sus padecimientos; con esto las prueba sin abandonarlas.

N. 37. ¿Hay á los ojos de Dios mayor espectáculo que un cristiano peleando con el dolor é invencible en los tormentos? Triunfa de sus perseguidores y de sus verdugos, no cede sino á Dios; vuestras historias elevan hasta las nubes la constancia de Mucio Scevola, de Aquilio, de Régulo; entre nosotros hacen otro tanto las mujeres y los niños. Jueces obcecados, no apreciáis mas que la felicidad de este mundo; ¿pero hay una felicidad sólida sin el conocimiento de Dios, luego que hay necesidad de morir? Aquí describe Octavio las fiestas insensatas y los placeres licenciosos de los *paganos*. Manifiesta cuán sabios son los cristianos en renunciar á ellas. Ridiculiza el escepticismo orgulloso y afectado de los filósofos: nosotros, dice, demostramos la sabiduría, no por nuestro exterior, sino por nuestros sentimientos; la verdadera grandeza, no por nuestras palabras, sino por nuestras acciones.

¿Qué tenemos que desear todavía, cuando Dios se ha dignado darse á conocer en nuestro siglo? Gocemos con gratitud de este bien precioso; reprimamos la superstición, desterramos la impiedad y conservemos la verdadera religion. De este modo finaliza Octavio su discurso.

Quizá parecerá algo extenso el extracto que damos de él; mas conviene demostrar en qué consistía la disputa entre nuestros apologistas y los defensores del *paganismo*; ciertamente que los primeros razonan mejor que sus adversarios, no han dejado ninguna objecion sin darle una respuesta sólida.

Si queremos consultar á los demás escritores del *paganismo* que defendieron su religion contra los epicúreos, veremos que han razonado lo mismo que los que argumentaron despues contra los cristianos. El pontífice Cotta, á quien hace hablar Ciceron en su tercer libro *sobre la Naturaleza de los dioses*, sostiene que en materia de religion no se debe consultar á los filósofos, sino atenerse á la tradicion de los antiguos y á lo que las leyes han establecido. Para probar la existencia de los dioses, da las mismas pruebas que Octavio alega en Minucio Félix para probar que hay un Dios. Mas en cuanto á la obligacion y al modo de adorar á muchos dioses, no puede dar otras razones que las del pagano Cecilio, y que ya hemos visto; Platon, en el *Timeo*, declara que, aunque la creencia vulgar relativa á los dioses no esté fundada en ninguna razon cierta ni probable, sin embargo debemos atenernos al testimonio de los antiguos que se llamaron *hijos de los dioses*, y que debian conocer á sus pa-

dres. Débil prueba; mas se conocia la necesidad absoluta de una religion para conservar el orden en la sociedad, y no habia cosa mejor que la que estaba establecida por las leyes y por la costumbre, se deducia que no debía tocarse á ella, y que era necesario proscribir toda religion nueva.

§ VIII. ¿Han logrado probar los protestantes que el culto dado por los católicos á los santos, á sus imágenes y reliquias es una idolatria? Ya hemos demostrado en otro lugar que este crimen es imaginario; que aun no es posible, á menos que un catolico no hiciese violencia á su profesion de fe y al grito de su conciencia; mas nó desisten los protestantes.

Sin embargo, hay contra ellos un argumento al que no responderán jamás. Idolatrar es dar á una criatura honores divinos, ó que no son debidos mas que á Dios; así que los honores que damos á los santos, no solo no son debidos á Dios, sino que seria un insulto y una impiedad, si le fuesen dirigidos. En efecto, el principal honor que hacemos á los santos, es el invocarlos, y esta invocacion consiste, segun el concilio de Trento, *sess. 25, c. 2, en rogar á los santos que intercedan por nosotros para alcanzar las gracias de Dios por Jesucristo*. Seria una locura el dirigirse de este modo á Dios; solo la criatura puede rogar y pedir gracias, y alcanzarlas por otro, es decir, por Jesucristo; atribuímos pues á los santos el único poder que conviene esencialmente á las criaturas. *Hist. de las Variac., t. 5, p. 331.*

2º ¿Se nos acusará de dar á los santos los atributos divinos, de desfigurarlos tambien como los *paganos*, suponiéndolos unidos á las pasiones y miras de la humanidad?

3º Nunca hemos creído como ellos que las personas divinas, los ángeles, los santos, están presentes en sus imágenes; no concedemos á estas otra virtud que excitar la atencion, fijar la imaginacion, é instruir por los sentidos á los ignorantes. Se les bendice y consagra como á los vasos del santo sacrificio y demás instrumentos del culto divino. Los respetamos y manifestamos este respeto con signos exteriores, porque cualquier representacion de un personaje ú objeto digno de respeto debe ser respetado por él. Son religiosos este culto y este respeto, puesto que provienen de un motivo de religion, y que tienen por objeto honrar en los santos, no los dones de la naturaleza, sino los méritos de la gracia.

Sin embargo, por una afectacion maliciosa, los mismos censores que sostienen que

el culto de los *paganos* no era una idolatria, porque se referia al Dios representado y no á su representacion, nos acusan de limitar nuestros respetos á una imagen, sin pensar en el objeto que representa; nos dispensan el honor de hacernos mas estúpidos que los *paganos*.

4º Nunca ha acontecido á los católicos honrar imágenes indecentes ó escandalosas, ni mezclar en el culto de los santos prácticas absurdas ó criminales; al menos, si este desorden ha tenido lugar entre el pueblo grosero en tiempos de ignorancia, ha sido siempre vituperado y censurado por los prelados de la Iglesia. V. IMÁGEN.

Mas ninguna razon mueve á nuestros adversarios, y nada les cuestan las contradicciones para satisfacer su odio. Como los PP. de la Iglesia han acusado á los maniqueos de dar un culto idólatra al sol y á la luna, nada ha omitido Beausobre para justificar á estos herejes, y para probar que este culto no era una idolatria. Conviene en que los maniqueos tenían á estos astros como seres animados, como almas puras y bienaventuradas, como el asiento y morada de la sabiduría y de la virtud del Salvador; por esto, dice, los maniqueos no los han honrado como dioses soberanos, sino como ministros de la Divinidad, como instrumentos vivos de sus beneficios. Concluye que no se les debe tachar de idolatria: 1º porque algunos PP. de la Iglesia han pensado lo mismo; 2º porque los maniqueos no ofrecieron sacrificios á aquellos dos astros; 3º porque no los invocaron; 4º porque tampoco los adoraron.

En efecto, continúa Beausobre, la adoracion interior no es mas que el aprecio infinito que tenemos por un ser al que nos sometemos y dedicamos enteramente, al que tributamos toda nuestra admiracion, nuestra confianza, nuestra veneracion, nuestro reconocimiento y obediencia. La adoracion exterior consiste en los actos religiosos destinados á expresar los sentimientos interiores del alma, como las prosternaciones, las genuflexiones, el incienso, los sacrificios, las oraciones, las acciones de gracias. La Escritura, dice, ha prohibido dar á ningun otro que á Dios ninguna de estas adoraciones. Por la misma razon excusa á los persas, á los sabaitas y á los esenios, que fueron acusados de adorar á estos dos astros. *Hist. del Maniq., l. 9, c. 1, § 11 y sig; y cap. 4, § 7.*

Admitiendo por un momento los principios establecidos por Beausobre, preguntámosle si los católicos miran á los santos como dioses soberanos, si les atribuyen las soberanas

perfecciones, si les rinden todo su admiracion, toda su confianza, etc. Si les ofrecen sacrificios, si por consiguiente los signos exteriores de respeto que les dirigen, pueden llamarse una adoracion. Puesto que disculpa á todos los que honraron ó los astros, ¿con qué título se atreven á tacharnos de idolatria?

Hemos probado en otro lugar que es falso que la Escritura haya prohibido honrar con signos exteriores, rogar, invocar á otros seres mas que á Dios solo, sobre todo cuando el aprecio, la confianza, el respeto que se les manifiesta está subordinado al que debemos á Dios. V. ANGELES, SANTOS, IDOLATRÍA. El mismo Beausobre confiesa que estos sentimientos tienen su origen en la opinion que tenemos de las perfecciones y del poder del ser al que nos dirigimos, *ibid., cap. 4, § 7*; luego que se reconociese que este ser es inferior, dependiente, sometido enteramente á Dios, en una palabra, pura criatura y nada mas, era imposible que el culto que se le diera fuese considerado como culto divino, culto supremo é injurioso á Dios. Así que, aun cuando fuese cierto que Dios habia prohibido á los judios toda especie de culto dado á otro mas que á él, tendríamos bastante razon para creer que esta prohibicion era únicamente relativa á las circunstancias y al peligro particular en que se hallaban los judios; los protestantes hacen muy mal en tomarla por una ley absoluta y general para siempre, puesto que cree Beausobre que el culto en cuestion no está prohibido por la ley natural, en lo que se engaña absolutamente, aun siguiendo sus propios principios.

« La experiencia, dice, manifiesta que estas divinidades subalternas, que no son mas que los ministros del Dios supremo, vienen á ser el objeto de la devocion de los hombres, porque los considera como los autores inmediatos de su felicidad. Pierde de vista la causa primera, que se halla á una gran distancia, y se detiene en la causa segunda. Aunque esto no sucediese, es bien difícil hacer una justa distribucion de los sentimientos del alma. Se inventan con facilidad palabras para distinguir el culto soberano del culto subalterno; mas estas distinciones sutiles y metafísicas no son buenas mas que para el entendimiento; el corazon no hace ningun uso de ellas, etc. Así la Escritura ha prohibido todo culto religioso de las criaturas. » *Ibid.*

Ya hemos refutado toda esta falsa teoria. 1º Si fuese cierta, Beausobre haria mal en decir que los sentimientos del corazon *tienen por causa la opinion que formamos en el en-*